

Encuentro mensual

Oración

Señor Jesús, queremos caminar juntos en este camino de conversión personal y pastoral. Pedimos, Señor, la gracia de la conversión: que la cercanía que tenemos a ti, a tu Madre y a tus santos nos ponga en auténtico camino de seguimiento. Tú nos has llamado y ya te estamos siguiendo, pero no dudamos de que tú nos llamas a más: a ser como verdaderos discípulos misioneros. Por eso te pedimos por los que hemos venido a la formación, por los que no han venido, por los que tienen dificultades en su vida y por los que nos acompañan. Que todos anunciemos con alegría, con palabras y obras, que tú eres el Señor. Amén.

Ser cofrade (I)

Querido amigo:

A mi paso por esa erguida dama, que es vuestra ciudad del Guadalquivir, me arrancaste la promesa de escribir una carta dirigida a los que integráis vuestra hermandad, para ayudaros a iluminar la tarea humana y la peculiar misión cristiana de quienes formáis parte de la cofradía (fraternidad, hermandad)

erigida en torno a un misterio central de nuestra salvación y al que veneráis como centro de vuestra orientación espiritual. En esta materia precisa, vosotros sabéis, y yo, en cambio, ignoro. Mas, para que por mí no quede la comprensión gozosa junto con la realización lúcida y eficaz de vuestra misión, solo balbuciendo diré unas pocas palabras.



CONTENIDO

En los tres siguientes meses veremos una carta que **Olegario González de Cardedal** escribió hace años a una Cofradía sevillana.

Vida Nueva la publicó en el pliego del nº 2.791, el 3 de marzo de 2012.

TE INTERESA

En esta semana llegarán las convocatorias de los encuentros diocesanos de formación. Atentos a la web de la Diócesis.



I. RAZONES PARA PENSAR Y PROMOVER LAS COFRADÍAS

1. Razones sociales y cívicas en nuestro momento histórico

Hace unos decenios, vivimos una fermentación admirable de la sociedad española, cuyos miembros se levantaron en son de paz y de esperanza para acabar con una forma de gobierno, tomar la palabra y construir una nueva sociedad participativa. Todo eran asociaciones de barrios, de vecinos, de profesionales, de jóvenes, de parados, de expectantes de destino. Se comenzaba una

fase nueva de nuestra historia que se consideraba de todos, que debía ser de todos como destinatarios y, a la vez, llevada por todos como sus recreadores permanentes. La Res publica se consideraba de todos, y todos éramos convocados a construirla. Llegó la democracia, se instauraron los partidos políticos, se eligieron los cargos, se repartieron las prebendas y siguió el silencio general de

“En los últimos decenios han desaparecido muchas evidencias colectivas, convicciones y decisiones desde dentro de las cuales habíamos vivido enmarcados en España”

la masa humana. Esta ha quedado amortizada, amordazada y reducida a un silencio que solo se rompe cada cuatro años, para volver, tras ella otra vez, a la mudez de la espera y de la resignación.

En España solo ha quedado el cauce de los partidos políticos como expresión válida, es decir, ju-

2. Razones eclesiales

Llevamos siglos de individualismo, en el cual el sujeto se vive en su soledad ante Dios, preocupado quizá por su salvación eterna o por los problemas de este mundo, buscando en la Iglesia el resguardo para sus preocupaciones religiosas antes que el lugar concreto donde Dios le convoca para recibir su Palabra, para instaurar su presencia, para oír su Evangelio, para realizarlo en el mundo; algo que solo se puede hacer como pueblo. Se desatendió la conciencia de comunidad y maternidad previa de todos los demás hermanos creyentes, que son destinatarios y proveedores de la misma salvación. Fue un grave error de la modernidad, porque todos tenemos que ver con la salvación de todos, debemos esperar por todos y colaborar con todos para que nadie quede perdido o desvalido

rídicamente vinculante y valiosa, es decir, eficaz para ser expresión de la conciencia popular. Estamos aquí ante un problema social y político de primera magnitud: hoy somos más pobres de conciencia, de participación y de responsabilidad. Hemos llegado a una situación de abismo, por resentimiento de quienes nos han guiado y por consentimiento nuestro.

por sus pecados en la desolación de su debilidad ante Dios. Ahora bien, nadie está definitivamente perdido mientras otro ore por él; no hay infierno último mientras un hermano ore por sus hermanos ante el Padre común, y sobre todo porque Cristo, hermano de todos los humanos, sigue siendo abogado defensor e intercesor por todos nosotros.

El liberalismo moderno de cuño protestante acentuó en el Evangelio solo dos polos de sentido: la paternidad de Dios y el valor infinito del alma humana. Se dijo que esa era la esencia del cristianismo. Por supuesto que ella incluye esos dos elementos; pero es, a la vez, mucho más, infinitamente más que ese rescoldo moralista de cuño individualista, burgués e insolidario. Para eso no

había sido necesario ese comienzo absoluto que es la encarnación de Cristo: con el profetismo de Moisés. Isaías y Jeremías bastaba.

3. Razones de situación de la fe hoy

En los últimos decenios han desaparecido muchas evidencias colectivas, convicciones y decisiones desde dentro de las cuales habíamos vivido enmarcados en España. Ellas habían ofrecido los vectores de referencia, que eran asumidos incluso por personas e instituciones que no eran cristianas, pero que veían en ellas una estructura de organización y de dignificación, de protagonismo y de sentido para la vida. La fe podía existir en público con la normalidad de lo evidente, acogida y no acosada, atendida sin ser malentendida. Hoy esos marcos de inserción y de evidencias públicas en parte han desaparecido. El santo nombre de Dios apenas se pronuncia en público. Cristo es situado en el panteón de los héroes, genios o meras personalidades del pasado, como muerto ilustre, no como Alguien viviente: La faz de la sociedad parece atea, la cultura transmitida está lejos de los fundamentos cristianos y no todos ven en la Iglesia una norma de acción ni un principio de vida. El agua que rodea al cristiano, en el mar de la sociedad actual, no tiene el sabor de la sal que él necesita. Si no es consciente de ello, lentamente quedará saturado de esa otra sal. Trasladado a otras atalayas para mirar y por la permanente ósmosis de informaciones y acciones, palabras y silencios de los demás, un día comprobará cómo su alma cristiana se ha ido diluyendo, cómo ya no es cristiano.

Hoy el cristiano no puede perdurar como cristiano en aislamiento y distancia a los demás

creyentes. Hay que adherirse en explicitud, tomar parte y partido en clara conciencia de pertenencia, hay que alimentarse de la propia vida personal y de la de la comunidad. Hay que ser cristianos concretos, integrándose explícitamente en las parroquias, comunidades, grupos, movimientos concretos. Cada uno de nosotros solos en nuestra soledad individual, iremos siendo desnudados de nuestra identidad cristiana por el mero influjo persistente de una cultura atea y hedonista, a la que nosotros mismos terminamos contribuyendo y de cuya repercusión sobre nuestras convicciones no nos percatamos. A su vez, solo siendo cristianos en clara conciencia y limpia libertad podremos tener capacidad de diálogo con los demás para aprender de ellos y colaborar generosamente con ellos. Esa nueva situación de la fe en la sociedad es una tentación, pero puede ser también una oportunidad para que los creyentes redescubran, reafirmen y realicen mejor su fe.

Aquí hay que situar el fenómeno de los nuevos movimientos, comunidades, asociaciones, que han nacido de un doble empuje: de la acción del Espíritu Santo, que dentro de la Iglesia suscita nuevos guías y nuevas posibilidades, pero también de la situación y acoso exteriores, ya que, sin esa reafirmación de la verdad cristiana en formas públicas nuevas, tal identidad queda amenazada. Y aquí también tenéis que situaros vosotros como cofrades en vuestra expresión actualiza-

Dialogamos

1. ¿Qué te parece esta introducción?

2. ¿Qué resaltas de cada una de las distintas razones?

3. ¿Piensas que los miembros de las hermandades valoran estas razones? ¿Te parecen interesantes?

4. Se nos invita a hacer una conversión personal y pastoral. ¿Quizá estas razones pueden ayudarnos a renovar nuestra pertenencia en la hermandad?

5. Normalmente pensamos sólo en razones personales. ¿Este tipo de razones puede ayudar a tomar conciencia de las posibilidades de tu hermandad para evangelizar?

da. Las cofradías tienen una larga historia, han conocido otros momentos culturales y han sobrevivido a políticas de distinto signo. Recordad lo que fue la relación de la II República con las cofradías en vuestra ciudad. La nueva historia es una posibilidad y una responsabilidad: asumidla como oferta para una realización del cristianismo tan verdadera como moderna, tan personal como pública. Colabo-

rad a crear un nuevo tejido de la fe en la Iglesia y a una nueva presencia de la fe en la sociedad.

4. Razones teológicas estrictas

Las cofradías fueron, a partir de un momento dado de la historia de nuestra Iglesia, la expresión y articulación pública de algo que es una innovación bíblica y especialmente cristiana: la fraternidad. Ideas tan claves como las de: persona, libertad, proximidad, fraternidad llegan a su plena manifestación en la conciencia de los hombres cuando cada uno de ellos adquiere rango máximo, cuando cada sujeto es visto como creación inmediata de Dios, imagen suya, destinatario de su palabra y encargado con una misión. Hijos de Dios ya no serán considerados solo los reyes, como en Egipto y Babilonia, o libres solo los miembros de la polis y la urbs, como en Roma. Libre será considerado en adelante todo hombre por ser cada uno imagen de Dios. Dios, el creador de cada hombre, el Padre de cada criatura, el Amigo de cada caminante, el Compañero de alianza, el que así hace surgir la idea de fraternidad y de libertad personal. Hay hermanos donde hay un padre, que engendra no unidades separadas, sino conjunciones inseparables. Para el Nuevo Testamento, la última libertad humana deriva de la filiación divina.

Esa fraternidad derivada del Padre común adquiere con Jesucristo un relieve y una profundidad insospechada. La fraternidad cristiana no es una forma perfeccionada de la inclinación de los hombres a unirse, protegerse y promocionarse entre sí, sino el resultado de la encarnación del Hijo, de su destino de hombre con nosotros, de su vivir entre nosotros y de su morir por todos. El, que "no se avergüenza de llamarlos hermanos" (Heb 1. 11). Toda la Carta a los Hebreos gira en torno a esa afirmación: el Hijo, que ha venido después de los profetas, que es el resplandor de su gloria y la imagen de su substancia (1, 1- 4), se ha hecho hermano nuestro para que, compartiendo su destino, nosotros a nuestra vez compartamos el destino de los otros hermanos y vivamos con las mismas actitudes con las que Él vivió las nuestras.

En una Europa casi sin hijos, y en unas familias casi sin hermanos, los futuros habitantes de este continente difícilmente podrán saber lo que impli-

ca verdadera humanidad, porque esta solo existe en la correlación de hombre y mujer, de un yo y un tú, de un yo y un nosotros, de una minoría y de una gran comunidad. Esa identidad fraterna está hoy amenazada por múltiples razones y poderes. Aherrojado el sujeto en su nuda individualidad, queda desvalido y a merced de quien le quiera conquistar, comprar o vender. Quien esto escribe es huérfano e hijo único. Yo bendigo mi destino en perenne acción de gracias a Dios y le pregunto por qué y para qué me ha querido así. Pero proclamo, exhorto y conmino ante quien me quiera oír que no se es en soledad y aislamiento, que esa unicidad es una indigencia dolorosa, que los hermanos son necesarios para respirar con holgura en el mundo y para no tener vacíos los reversos de nuestra personalidad cuando solos no nos podemos sostener. Los cristianos tenemos una responsabilidad única: ser testigos de la paternidad de Dios, de la condición de Cristo como Primogénito generador de una nueva fraternidad, de nuestra tarea como transmisores y actualizadores de sus consecuencias, que en el orden de la misericordia, de la justicia y de la caridad lleva consigo esa fraternidad, precisamente en el mundo que hoy tenemos.

Ante una sociedad sin padres, una sociedad sin hermanos y, consecuentemente, una sociedad sin familias tejidas, anchas y sustentativas, el cristianismo tiene que mostrar en concreto en qué medida la paternidad de Dios y la fraternidad de Cristo son capaces de engendrar vida y compañía, solidaridad y esperanza mediante obras de afirmación de los solos, desvalidos y huérfanos. El cristianismo tiene hoy una altísima misión en el mundo: hacer presente la fraternidad como almena constituyente de la vida humana, comprendida como fruto del amor, de la divina libertad y paternidad creadora. En los primeros pasos de secularización dados por la Revolución Francesa, pasos todavía cercanos al cristianismo, quedó reconocida la fraternidad, unida a la igualdad y a la libertad. Pero, una vez levantada el ancla de la fe en Dios Padre y de la consecuente condición de hermanos como hijos del mismo Padre, la fraternidad ha ido lentamente desapareciendo del horizonte. Devaluada y amenazada en sus fundamentos, perdura en la solidaridad, en el compromiso, en las acciones del voluntariado y en la oferta de entrega a tiempo parcial dedicado a los demás.